

LA FLOR DE LIS

MAROSA DI GIORGIO

WunderKammer

La flor de lis

Marosa di Giorgio, 2004

© Nidia di Giorgio. Heredera de Marosa di Giorgio

De esta edición:

Copyright © Wunderkammer, 2024

Major, 4. 17731 Terrades (Girona)

www.wunderkammer.es

info@wunderkammer.es

Diseño de colección: Hermanos Berenguer

Maquetación: Sistemes d'Edició

Impresión y encuadernación: Kadmos

ISBN: 978-84-127431-1-1

Depósito legal: DL GI 33-2024

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño tipográfico, de portada y de los materiales adjuntos, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento escrito del editor.

NOTA DE EDICIÓN

En esta edición de *La flor de lis* hemos respetado la puntuación original del texto, tal como fue entregado y publicado en su primera edición, en la argentina El cuenco de plata. El uso heterodoxo de algunos signos de exclamación, interrogación, puntos suspensivos y otros son característicos del estilo de Marosa di Giorgio, y hemos optado por mantenerlo así. No habíamos seguido este criterio en la edición de *Misa de amor. Relatos eróticos completos*, publicado anteriormente en esta misma colección, donde regularizamos y homogeneizamos este aspecto.

Los textos en cursiva al comienzo y al final del libro pertenecen a la obra de Di Giorgio *Los papeles salvajes*, y fueron incluidos así por la autora en la edición original de *La flor de lis*.

(Poemas de amor a Mario)

A veces, en la madrugada, llovía dulcemente, y parecía que un enjambre caía del cielo, que los muertos volvían a la vida, que todo estaba bien.

Yo me asomaba a la ventana, y a la media luz, ya todas las hojas eran granates y amarillas, livianas y fragantes; como uvas o amapolas.

Y entre los grandes árboles, los monjes en sus casetas, pequeñas, entre las ramas. El nuestro salía a mirar la lluvia, los relámpagos, anotar en su Cuaderno del Tiempo, el monje de astas larguísimas y sedosa pelambre.

Y yo volvía al lecho, a dormirme sobre la blanca almohada, a soñar que Mario estaba allí.

Volvía a mi antiguo y escondido mundo en llamas.

*

Estaba parada en medio de la luz de luna. A lo lejos, seres increíbles: Mario, los unicornios, los lobizones, la paloma de la paz, la Liebre de Marzo.

Las cosas que tienen blancura se distinguen mucho, huesos y rosas.

La casa está abierta y deshabitada. Y sabe que alguien la está mirando desde afuera. Aunque a

veces, de las puertas, sale algún caballo y se hunde, enseguida, o de la ventana, y desaparece.

En la azotea —y no sé cómo se ven—, hay una paloma que, a la vez, es inmóvil y crece, dos o tres huevos, ya, para siempre, juntos y justos. Y una taza.

Quiero despedirme, irme; una vez hasta llegué al camino real, subí a un carruaje; pero, bajé, enseguida.

Y volví desesperadamente, casi volando, me entré en las hierbas, y, ya, invisible, seguí mirando la casa.

*

Miró un pimpollo de rosa amarilla (como un topacio, un coágulo de miel, un pocillo de té).

Y una telaraña que empezó a ser cuando ella empezó a mirar, el hilo de seda que giraba y formaba la tela (con las piedras brillantes).

Y una azucena roja, señoril.

*Viendo esas cosas no fue a la guerra,
no se casó con nadie,
perseguía a Mario.*

*Y, ahora, sopla viento del norte en las colinas,
viento del sur, del este y del oeste.*

*Se entreabren oscuras ventanas donde ella
está fija para siempre.*

Y los más antiguos códices, flor de lis.

*

Soy la Virgen. Me doy cuenta. En la noche me paro junto a las columnas y a las fuentes. O salgo a la carretera, donde los conductores me miran extasiados o huyen como locos.

Soy la Virgen. El Ángel me hablaba entre jazmines y en varios planos. Me dijo algo rarísimo; no entendí bien.

Voy por el antiguo huerto —Isabel, Ana—, por las antiguas casas; quisiera ser una mujer en una de estas casas, una mujer en la ciudad, pero, soy la Virgen; no se dan cuenta; busco otra aldea abandonada, otros cáñamos. Silba el viento. Los lobos están comiendo los corderos. A mi diadema caen las estrellas como lágrimas, caen rosas y gladiolos, dalias negras.

Soy la Virgen.

Estoy sola. Silba el viento. ¿Adónde voy? ¿Adónde voy?

Y jamás habrá respuesta.

*

Esa paloma con los huevos desparramados sobre la azotea, esa paloma de papel y mármol, esos huevos de papel y mármol, o de cal y yema, de donde saldrán más gallinas sagradas que crucen la medianoche, con un ala baja y la otra abierta. Mientras, yo, también, me presento y viajo, el pelo hasta el suelo, el vestido que me sigue por los suelos, y en la mano, la luna de ayer, el alhelí embrujado, de los años sesenta.

*

Dijo «Mariposa», «Amelia». Y me volví en el aire oscuro de la tarde de oro. Entre los higos como flores cerradas, pesadas y violetas.

Dijo «Amelia», un antiguo nombre, tal vez, el mío, el verdadero, antes de nacer.

Era el Dios que hablaba, era el Puma.

Me volví,

buscando su cara de oro, su invisible huella.

Mas, nada había; sólo el viento que jugaba, como siempre, en el jardín de higos y violetas.

*

Cómo andas por los lejanos aparadores, cómo vas libremente, por los prados de mi infancia, allí, donde salían los soles de la medianoche, sombríos y dorados; dos o tres, o sólo uno, entre las negras copas, donde pululaban los ladrones. Y vas y a tu paso brotan las culebras arrollándose y estirándose, blancas como espuma, como el sol, doradas; o de plata, como los muertos. Hasta que empieza el jardín inmemorial de los gladiolos, ante el que, siempre, me arrodillé, llorando y sollozando... Pero sigues omnipotente, por encima de esas flores infinitas.

*Te apoderaste de todo,
hasta de los recuerdos de cuando no te conocía.*

*

Estaba tendida en la camilla, lacia y levemente arrollada. Blanca. Ojos de precipicio, que entornaba sin darse cuenta, acaso huyendo de la luz, de los atractivos.

Le preguntó:

—Sangra... habitualmente?... ¿Desde cuándo?

Ella movió apenas los labios.

—Bien... veremos. Álcese un poco la ropa.

El consultorio estaba en total silencio. Se oía un tic tac, sin embargo.

Después de unos minutos apareció el sexo entre vellones rojos, rubios, negros. El médico buscó el pequeño agujero, y le insertó con sumo cuidado un adminículo delgado con espejo que indagó en un más allá misterioso, por varios segundos. Al retirarlo, se oyó un leve tic, un levísimo fru fru, un rumorcito que no era de este mundo ni de ninguno.

Ella se acomodó, se amarató, quedó como una cereza, y volvió a ser mármorea y única.

Él se alejó y tomó una libreta en la que garabateaba caracteres en rápida seguidilla, el ceño preocupado, mientras le dijo:

—Vístase.

En menos de lo que silba un mirlo, al volverse, la vio de pie, tacones, trajecito, perlas, como si nunca hubiese estado acostada, diciéndole: —Sé que es grave... ¿Es muy grave...?

Él vaciló: —Bien, veremos, vuelva dentro de... diez días. Las pruebas...

El adminículo había salido tinto en sangre.

Ella lo vio de lejos.

Le tendió la mano, se dieron las manos. En vez de abrir la puerta, él dijo: —Si se va se termina el mundo.

Ella le contestó: —Sí.

Se abrazaron. En el abrazo la melena de ella ondulaba como si fuese autónoma.

Ella sentía eso, y algún coágulo que se le deslizaba, grueso y suave como una ciruela, desde la matriz a la braga y casi al suelo.

*

Livianísimas mariposas estaban adosadas al tronco. Parecían una decoración; eran mi alma, dividida en varias figuras; el cuerpo (que no existía), tornasolado; los ojos de algunas, redondos, grandes, negros, planos. Los de las otras hechos con montículos de brillantes, sobresalían mucho.

*

Mi alma es un vampiro grueso, granate, aterciopelado. Se alimenta de muchas especies y de sólo una. La busca en la noche, la encuentra, y se la bebe, gota a gota, rubí por rubí.